

VIII.

Tres años despues,

El dia siguiente á aquel en que tuvo lugar lo que llevamos referido en el cuadro anterior, recibió Arturo la siguiente carta:

“Amigo muy querido: He tomado la resolución de abandonar á México, y buscar en las agitaciones, peligros y sinsabores de una campaña, el olvido de un amor que desgraciadamente no puedo arrancar de mi corazón. Es tan necio el que ama ciegamente, que tal vez mañana volveria yo á arrojarme á los pié de esa mujer, indigna del profundo cariño que mi alma le ha consagrado. Mis

relaciones con uno de los ayudantes del general Diaz, me hacen esperar una colocacion en las filas de su division; corro, pues, á combatir, porque solo así puedo olvidar. Te ruego me disculpes ante tu padre por haber abandonado así el puesto con el cual, por mediacion tuya, me favoreció un dia. Si alguna vez volviese yo á México, procuraré buscarte; pues sabes te quiero con invariable lealtad. Adios.—*Luis.....*”

En efecto, Luis salió de México ese mismo dia.

Como no nos hemos propuesto narrar las peripecias de la campaña republicana, bastante conocida ya por la multitud de escritos que hay sobre el particular, diremos solamente que Luis sentó plaza en uno de los cuerpos de la Division del General Porfirio Diaz, segun habia pensado. Y como acontece en toda época de revolucion, de simple ciudadano que era, fué admitido en calidad de capitan, logrando por su denuedo, así como por su exactitud en el servicio, ser as-



cendido gradualmente, hasta llegar á coronel, con cuyo grado se encontraba cuando el sitio de esta Capital en 1867 por las fuerzas del General Diaz.

En Junio fué ocupada la plaza, y al entrar Luis al mando de su cuerpo el 21, fué su primer paso, despues de alojarlo, indagar el paradero de su amigo Arturo. En esta ocupacion estaba, cuando se le presentó uno de sus ayudantes:

—Mi coronel, un señor busca á vd. con empeño.

—¿No ha dicho su nombre?

—Se llama don Arturo\*\*\*

Sin dejar concluir á su ayudante lanzóse Luis en busca de su amigo.—A poco entraron ambos á la habitacion, alegres y satisfechos.

No bien hubieron tomado asiento, cuando Luis preguntó:

—Y de Magdalena, ¿qué me dices? en estos tres años en vano he querido saber de ella.

—¿Todavía existe en tu pecho esa pasion? repuso Arturo.

—Su imágen me ha seguido á todas partes. Si alguna gloria me ha cabido en la campaña, á ella se la deberé sin duda. Yo, francamente, peleaba para morir, para olvidar, ó para elevarme hasta una altura en que pudiese vengarme de la humillacion que habia sufrido. Pero habla, dime, por Dios, qué vida ha llevado Magdalena durante estos años en que he estado ausente?

—Tal vez mis palabras te causen una mala impresion: hablemos de otra cosa.

—No, Arturo, exclamó con vehemencia Luis; dime cuanto sepas, si eres el amigo mismo que fuiste antes.

—No debes dudarlo, cuando he corrido á tu encuentro en lo momentos mismos de tu entrada.

—Sí, Arturo; pero por Dios, ¿ha muerto Magdalena?

—No; ha sucedido algo peor que eso. Ya que tienes empeño en saberlo, nada te callaré.



—Te escucho.

—Yo no sé qué fatalidad horrible nos ha hecho pasar por las amargas horas que hemos apurado. Si hubieras permanecido en México, tal vez hubieras tenido un grave disgusto, ó te habrias olvidado para siempre de Magdalena. Ella, como no pocas de nuestras lindas paisanas, ha hecho verdaderas locuras con la oficialidad francesa. A la verdad, yo hallaria justificable la conducta de las mexicanas, si al menos hubiesen amado á lo bueno, á lo principal del ejército; pero hemos visto cosas que..... Luis, será mejor no continuar.

—Yo te ruego, Arturo, que continúes.

—Pues bien, hasta los sargentos anduvieron con insolente fortuna, solo por el hecho de ser extranjeros. Magdalena fué visitada por gran número de oficiales franceses, y diéronse en sus salones frecuentes tertulias en que los mexicanos hacian un papel secundario.

—Y al fin resultó casándose con algun ayudante, ¿verdad? interrumpió Luis, que

anhelaba saber cuanto antes el fin de aquella historia.

—Nada de eso. Bien sabian ellos, que todo lo inquirian, que la brillante posición de la familia de Magdalena, era una fábula. Gozaron cuanto pudieron, y al abandonar á México no le consagraron á ella un solo adios.

—Y nuestros paisanos, ¿qué hicieron?

—Como era muy natural, ni los adictos al Imperio apreciaron en adelante á las que se habian señalado en esos dias de prueba por su decision por los extranjeros.

—¿De manera que hoy Magdalena está completamente libre?

—¡Oh, por Dios! ¿Llegará tu ceguedad hasta el grado de amar á esa mujer, aun despues de haber escuchado su historia?

—Jamás, Arturo, jamás! Antes de contarme en el número de los que combatieron al gobierno que acaba de caer, he despreciado profundamente á las mujeres que sin dignidad ni decoro abren sus puertas á los aventureros de otros países. Amen en hora buena



na al digno extranjero á quien preceda un nombre conocido ó una honrosa recomendacion; ámen á un hombre honrado y digno, despues de conocerlo, venga de donde viniera; pero que no subalternen los hijos de su patria á un desconocido audaz, á un miserable esbirro de su gobierno. Ah! cuánto bien me han hecho tus palabras! Magdalena habia sido hasta hoy el sueño mas dorado de mi alma, la esperanza dulce y tierna que me animaba en el combate, el ángel que me cubria con sus alas y me libraba de los peligros. Sí, Arturo, yo peleaba sin rencor; buscaba, no la muerte del enemigo, sino la mia; ó el triunfo, para llegar á alcanzar la mano de ese sér querido. Indiferente y frio á todo, yo no podia olvidarla nunca; pero hoy ha muerto para mí. De Amparo, ¿qué me dices? ¿observó esa misma infame conducta?

—Estuvo completamente retraida de la sociedad de la casa de Magdalena, y aun de la mayor parte de sus antiguas relaciones. Parece que su padre tuvo ocasion un dia de tra-

tar con el mariscal Bazaine, y salió poco satisfecho de aquella entrevista. Yo ignoro lo que seria; pero puedo asegurarte que Amparo no trató mas de una vez á los franceses. Ella...

—Mi coronel, el general le manda llamar; interrumpió, entrando, el mismo ayudante que anunció á Arturo.

—Señor coronel, dijo afectuosamente éste, tomando su sombrero; sus ocupaciones le llaman, y dias nos han de sobrar para que hablemos de nuestras cosas.

Luis tomó su kepí, y Arturo le siguió.

Desgraciadamente los informes de éste último, eran de todo punto ciertos.

Existe en gran número de las mujeres, no solo en nuestro país, sino en todos, cierta indiscrecion que las hace contraer relaciones con cuantos extranjeros llegan á tratar. Parece que tienen un espíritu de curiosidad sin límites, que las impele á querer conocer cómo aman ó cómo engañan los hombres que han nacido bajo otro cielo.

Así, hemos visto muchas veces preferir



un desconocido á un honrado jóven de nuestra sociedad, y tambien hemos visto que mas de una vez se han encontrado abandonadas por esos extráñjeros, y han tenido que volver á llamar á las puertas de sus padres, llevando algun recuerdo eterno. Mucho nos hemos ocupado en averiguar cuál es la verdadera causa de este mal, y solo hemos podido saber, gracias á la franqueza é intimidad de una amiga nuestra que conoce bastante á su sexo, lo que vais á oír.

Las mujeres, nos ha dicho nuestra amiga, son siempre afectas á ostentar un amante nuevo, y á manifestar que son preferidas aun por los que han tenido ocasion de admirar las ponderadas bellezas de otros países. Además, continuó, muy pocas veces creen que los hombres hablan de buena fé; y entre verse abandonadas por un amante á quien tal vez no volverán á encontrar nunca en su camino, á estar viendo todos los días al que las ha burlado, optan por el primero, y le fingen todo el amor que no son capaces de sentir. Tanta impresion nos hicieron éstas

palabras, que mas de una vez nos hemos puesto á reflexionar sobre la gran verdad que encierran, y hemos acabado por creer que nuestra amiga tiene razon.

Ya los lectores saben cuál fué la vida de Magdalena: hablemos, pues, de Amparo.

La imagen de Luis no se apartó un solo día de su pensamiento, y elevó infinitas veces su oracion al cielo por la felicidad del hombre á quien amaba su corazón, y con cuyas caricias soñaba con frecuencia. Solicitaron su mano; pero ella rehusó.

En cuanto á Arturo, fué presa de los celos mas devoradores durante todo ese largo espacio de tiempo trascurrido desde la desaparicion de su amigo. En vano queria hacerse la ilusion de que las relaciones que él veia entre Magdalena y la oficialidad del cuerpo expedicionario, le habian hecho olvidar. Ella estaba cada día mas encantadora. A medida que el tiempo avanzaba, parecia que con el natural desarrollo adquirian sus formas mayor perfeccion. Y como nada hay en el mundo mas rebelde que un



corazon apasionado, Arturo amaba á aquella mujer, á pesar de que todos exclamaban al verla: “¡Qué lástima que esa beldad hubiese descendido á ser una coqueta afrancesada!”

Magdalena pensó algunas veces en Luis, y recordó mas de una, aquella noche en que le juró amarle siempre; pero al punto que la asaltaban estos recuerdos, procuraba desprenderse de ellos como de un tenaz remordimiento. La total desaparicion de Luis contribuyó, no poco, á borrar su imágen del corazon de aquella beldad que pugnaba por desoir los gritos del alma que le hacia ver en el jóven á quien habia abandonado, á un sér mas digno, mil veces, que toda aquella turba de adoradores de vistoso uniforme y extranjero lenguaje.

El padre de Magdalena no varió de ideas. Procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance, relacionarse con muchos gefes del ejército frances, logrando de ese modo el que sus acreedores no procediesen contra él; y su casa fué, como hemos visto, uno de los principales focos de los extranjeros. Así,

Magdalena no hacia sino seguir las inspiraciones de su padre, que en todo miraba su conveniencia, á costa del sacrificio de su propia dignidad. Increible parece, pero nada hay mas cierto como el que existan padres que convierten á sus hijas en miserables instrumentos de un vil interés, y las obligan á representar un papel indigno ante la sociedad.....

.....



seos que tuvieron lugar, y en vano pasó una vez y otra por la calle en que vivía Magdalena.

Para Arturo nada de esto fué un secreto. Observó todos los pasos de su amigo; pero sin decirle una sola palabra.

El, por su parte, hacia lo mismo que Luis, y no obtenía, como aquel, ningún fruto.

Así fué transcurriendo el tiempo, y Luis fué sintiendo amortiguarse, grado á grado, aquel amor que antes minaba las horas de su existencia.

Amparo, modesta, tímida, apasible se presentó á sus ojos y á su pensamiento como esas flores que perfuman los valles solitarios, y no los jardines espléndidos que forman el encanto de los que viven en las grandes ciudades.

Amparo, con la mirada de sus bellos ojos azules, con aquel tinte arrobador de vagariteza que había en su semblante, con su modestia dulce y tranquila, y sobre todo, con la conducta que observó con los franceses, no pudo menos que despertar en el alma de

IX.

Una noche de posadas.

Habian pasado ya algunos meses despues de la ocupacion de la capital por las fuerzas republicanas, y Luis, al mando de uno de los cuerpos de la guarnicion, en vano habia anhelado ver otra vez á Magdalena, de quien decian todos que poseia una belleza imponderable y una atraccion irresistible.

El retraimiento de la jóven no era otra cosa que la consecuencia natural de su conducta en el pasado; temia, y con razon, ser menospreciada. Así, Luis concurrió en vano á las *cadena*s, esperando verla salir de la Catedral; en vano asistió á las fiestas y pa-



Luis el recuerdo de aquella noche del mes de Noviembre de 1864, en el paseo de las *cadenas*, cuyos sucesos conocen los lectores.

En el hombre hay siempre una buena dosis de estimacion ó amor propio, de egoismo individual, que hace apreciable ante sus ojos á aquel que le consagra un recuerdo ó un pensamiento. Porque aunque antes hemos dicho que nada hay mas rebelde que un corazón apasionado, existe, sin embargo, en el fondo del corazón, un sentimiento grande, profundo, de dignidad ó amor propio, que llega á rebelarse un dia y que lo coloca sobre las otras pasiones que pudieran dominarlo. Puede por eso el hombre adorar con delirio á la mujer que ha encendido en su pecho la llama devoradora del amor; pero si ella le hiere en lo que hay mas sagrado, mas susceptible, cual es la dignidad, no hay por qué extrañar que ese hombre abandone y olvide al sér que le habia cautivado. Por el contrario, sucede que llega alguna vez á saber ó á comprender que existe una persona en quien él jamás habia pensado, que le ama y suspira

porque sus almas no se han encontrado en el camino de la vida, y entonces aquel hombre, antes indiferente, siente en su sér algo que no puede explicarse, y ese algo no es otra cosa que la primera sensacion de un amor que, si la ocasion lo favorece, acabará por apoderarse del corazón. Y es que, por mas que se hubiese repetido mil veces que el hombre ambiciona y quiere solo lo que no le es fácil alcanzar, existe siempre en el alma un sentimiento purísimo que bien pudiéramos llamar de gratitud.

Y el amor, que tiene una base tan noble y sólida, puede muy bien ser mas duradero y leal que esos frívolos amores nacidos entre el rumor de una orgía, en medio de las lascivas melodías de una danza. Para nosotros, es inconcebible cómo existan hombres que sufran toda clase de humillaciones y desprecios, y digan, sin embargo, que aman á la mujer que se los prodiga. Cuando vemos á alguno sufrir resignado cuanto puede ocurrirse al caprichoso é incomprensible corazón de la mujer, nos parece que hay oculta bajo



esa aparente resignación la idea de una venganza druel, si la constancia y el tiempo no ablandan á la ingrata. Las mujeres, por dos razones no deben amar nunca á los que sufren su altivez y sus desprecios: ó aman á una persona de bajos sentimientos, ó se exponen á ser víctimas de una gran venganza. Pero volvamos á nuestra interrumpida narración.

Invitado Luis para concurrir á una noche de *posadas* en el mes de Diciembre del año á que nos hemos estado refiriendo, fué presentado en la casa de una de las principales familias de la capital, cuyos salones, elegantemente adornados, presentaban el conjunto mas encantador, poblados como estaban, de muchas damas de esas que forman de esta ciudad el Eden americano.

Al penetrar Luis á aquella mansion de placer, sintió que su corazón se estremecía y palpitaba con violencia. Era el recuerdo de aquel espléndido baile en que Magdalena, de la misma manera que una flor exhala la suave esencia que guarda en su cáliz, abrió

los labios y embriagó con su néctar el alma enamorada de nuestro héroe. ¡ Los recuerdos! Nada hay en el mundo mas triste y dulce al mismo tiempo, que volver con el pensamiento á gozar de los días que huyeron para no volver. La vida de los recuerdos, es la vida del corazón. Olvidar para siempre, es propio de las almas mezquinas.

Luis, con una mirada rápida, pero indagadora, descubrió que Magdalena no habia concurrido á aquella fiesta.

El jóven coronel, tomado del brazo por uno de sus amigos que, sea dicho de paso, eran ya mas numerosos, como que contaba con una posición brillante en el ejército, recorrió de un extremo á otro el salon, y acabó de persuadirse de la ausencia de Magdalena.

Al fin sonó la hora del baile.

La mayor parte de los jóvenes presentes tomó una linda pareja, y comenzaron aquellos animados diálogos, aquellos expresivos apretones, las miradas de fuego que se cruzan, los alientos que se confunden, los sonos



que palpitan y los suspiros que se exhalan como por descuido; todo aquello, en fin, que tiene lugar mientras al compás de una música deliciosa se confunden los dos sexos. Los que bailan deben tener momentos muy felices, deben ser, en ocasiones, muy dichosos; sin embargo, hay para nosotros algo que nos impide gozar de esa manera. Ese algo no es otra cosa que el egoísmo sin límites de nuestro corazón. Tener en nuestros brazos á una beldad que acaba de estar en los de otro, y que despues de nosotros vendrá tambien un tercero á tener entre los suyos, á fé que no es nada delicioso para el que siente y piensa como nosotros sentimos y pensamos.

Luis, que abrigaba estas mismas ideas, y á quien habia colocado en aquella situacion, años antes, el amor de Magdalena, se abstuvo de bailar.

Sentado en uno de los extremos del salon, vió una cara que no le era desconocida.

Era Amparo, que tampoco habia tomado parte en el baile.

Los recuerdos de aquella noche del mes

de Noviembre de 1864 se agolparon á su imaginacion, y como movido por una mano desconocida, abandonó el sitio en que se encontraba y corrió en busca de uno de los jóvenes dueños de la casa.

Pocos momentos despues, Amparo y Luis eran dos buenos amigos que convenian en ideas, y que tal vez, sin comprenderlo ellos mismos, se dirigian miradas demasiado expresivas.

Hablaron del pasado, y Luis con ingenuidad confesó que habia amado á Magdalena; pero no dejó escapar una sola frase dura que pudiese revelar su resentimiento, y aseguró á Amparo que aquel amor habia desaparecido de su corazón; y como ésta tenia un gran concepto, una alta idea de la grandeza de alma de Luis, creyó sus palabras, y sintió que su corazón se agitaba con violencia.

Durante todos los instantes que la mayoría empleaba en bailar, mientras los viejos jugaban, ó charlaban sobre política en las otras habitaciones, Luis y Amparo, en amis-



tosa confianza, entretenían las horas de aquella agradable velada.

De la misma manera que la suerte parecía haberse empeñado en separar á Luis y á Magdalena, parecía, por el contrario, que quería unirlo para siempre á la dulce y modesta Amparo.

Aquella conformidad absoluta de ideas, el vivo interés con que mutuamente se escuchaban, y las miradas indiscretas que sin querer se dirigian, fueron colocando á nuestros jóvenes en una pendiente peligrosa, pero que tenían forzosamente que atravesar, porque las leyes del destino son irremediables.

Luis, aunque tenía muy presentes las palabras de Amparo en las *cadena*s, tuvo el buen sentido de no referir que las había escuchado aquella noche.

¿Quién es el hombre que, con tan magníficos antecedentes, tiene la fuerza del alma bastante para no dejarse llevar del impetuoso torrente de amor?

Luis, con tacto exquisito le habló, pues, de amor, á Amparo.

Ella..... repuso lo que siempre responden las mujeres la primera vez que les hablamos de nuestro amor.

Pero aunque no se habia pronunciado la frase sacramental del *sí* en los amores, cuando la reunion se disolvió, aquellas dos almas estaban unidas para siempre.

conclusion

que en alma de ángel había soñado tantas veces, y Luis se contentó el mortal rasgo de elocuencia del mundo poseyendo el corazón sensible y apasionado de Amparo.

hablaba, entretanto, abandonada por la juventud elegante, temiendo hundirse para siempre en el abismo de la pobreza, porque tal es para los grandes que descienden la mentalidad en el silencio de su habitación, mala estrella, y lo que es peor todavía, la soledad de su alma le hizo pensar en aquel



amor tan mal correspondido, en el corazón grande y digno de Luis, y su imaginación dió formas colosales á estas ideas, y sintió el joven en su pecho un tormento agudo, eterno, destructor.

Por eso la vimos aquella mañana de Octubre de 1868 en la Alameda, pálida como una azucena.

Amparo nada le ocultó á su amiga.

Ella comprendió que la mano del destino era la que obraba, y continuó siendo amiga de Amparo. Sin embargo, no volvieron á mezclar el nombre de Luis en sus frecuentes conversaciones.

Así fué trascurriendo el tiempo.

Luis tuvo que ausentarse varias ocasiones de la Capital á asuntos del servicio, y en estas ausencias los amantes se dieron pruebas del cariño mas acendrado, hasta que en Febrero de 1869 se unieron para siempre, con gran placer de la familia de Amparo, que vió en aquel enlace la felicidad de la joven, pues lo precedía el mas puro y ardiente de

**Conclusion.**

Amparo halló en el amor de Luis el cielo que su alma de ángel habia soñado tantas veces, y Luis se consideró el mortal mas dichoso del mundo, poseyendo el corazón sensible y apasionado de Amparo.

Magdalena, entretanto, abandonada por la juventud elegante, temiendo hundirse para siempre en el abismo de la pobreza, porque tal es para los grandes que descienden, lamentaba en el silencio de su habitación su mala estrella, y lo que es peor todavía, la soledad de su alma la hizo pensar en aquel



los amores; única base sólida, tal vez, de ese templo que se llama el hogar, que puede convertirse muy fácilmente en un infierno de dolor.

Después de verificado el matrimonio de su amiga, comprendió Magdalena la *necesidad* de aceptar un enlace que hacia tiempo se le proponía con un gran capitalista del Interior.

Casóse Magdalena, y tuvo inmediatamente que abandonar á México; sin embargo, su esposo le ha prometido venir en breve á radicarse en esta capital, en donde le asegura que rivalizarán con los mas poderosos.

El marido de Magdalena es un hombre de mas de cincuenta años, gordo, muy gordo, á quien afea la prominente figura de un abdomen dilatado tal vez por la abundancia de licores espirituosos que allí han fermentado.

Excusado nos parece decir que Magdalena no es feliz.

Jóven, bella como los sueños de un poeta, con una imaginacion ardiente, en vano buscaria en el corazon de aquel rico, pero viejo propietario, y sobre viejo, tonto, esa ternura, ese encanto que solo la juventud proporciona, y que nunca vuelve cuando llega á desaparecer á impulsos de la mano destructora del tiempo.

Para conquistarse el cariño de su bella consorte, aquel buen hombre no tiene caricias ni frases dulces; pero prodiga sus tesoros á manos llenas. Magdalena se presenta siempre espléndidamente ataviada, luciendo valiosas joyas; pero sin llevar una sola flor en el alma.

Las flores del alma solo brotan fecundadas por el amor y la ternura.

En breve, como hemos dicho, vendrá Magdalena á rivalizar con las mas poderosas familias. ¡Desgraciada! Sin amor al hombre á quien se ha unido para siempre, excitando



la emulación de una sociedad como la nuestra, acabará, en su afán por hacerse admirar, por ser el blanco de las censuras mas crueles, de las anécdotas mas punzantes, y tal vez de cosas peores,

El hombre que á una edad avanzada, fiado soio en el poderoso atractivo del oro, se casa con una mujer jóven y hermosa, muy difícilmente puede dejar de hacer un papel ridículo ante la sociedad.

La mujer á quien lleva el interés al altar, y no la mano del amor, cae con facilidad en las redes que la seducción tiende llena de juventud y de flores.

Como los lectores querrán saber todavía la suerte de dos de nuestros personajes, les diremos, para concluir, que el padre de Magdalena, interesado ya en los negocios de su nuevo yerno, no pensó mas en el porvenir.

Habia casado á su hija con un gran capitalista: esto era cuanto anhelaba.

En cuanto á Arturo, diremos, que viéndose él solo desgraciado, ha concebido planes no difíciles de realizar, pero que le traerán muchas lágrimas.